

UNA MENTE SINTÉTICA. MEMORIAS DEL CREADOR DE LA TEORÍA DE LAS INTELIGENCIAS MÚLTIPLES

Por HOWARD GARDNER. Barcelona: Editorial Planeta, 2022, 303 páginas. ISBN: 978-84-493-4031-4. Traducción de Ana Pedrero Verge

«A partir de 1984 [...] me convertí “en el de las inteligencias múltiples”» (p. 157). Así inicia Howard Gardner el capítulo de sus memorias académico-investigadoras dedicado a las diversas reacciones que originó la publicación en 1983 de *The Frames of Mind. The Theory of Multiple Intelligences*. Un libro que cambiaría su «vida para siempre»: «Antes había sido un psicólogo investigador que ejercía su oficio; ahora era el autor de un tratado muy comentado y el fundador de una teoría que despertaba controversias» (p. 10).

Sin embargo, no es ese el eje en torno al cual giran estas memorias. Es cierto que la teoría de las inteligencias múltiples se menciona en el subtítulo. También lo es que en el libro se le dedican, de modo específico, cuatro de sus doce capítulos: «los primeros pasos» (pp. 137-155), las «reacciones» que produjo su aparición (pp. 157-167), su difusión e intentos de aplicación a nivel mundial (pp. 169-186) y las interpretaciones erróneas a que dio lugar (pp. 187-202). No obstante, el tema central del libro es la propia mente del autor. Una mente que Gardner califica de «sintética»:

Durante la mayor parte de mi vida académica y como autor, me he centrado en la mente humana en general o, en otras palabras, en la mente de nuestra especie. En las páginas que siguen me propongo examinar mi propia mente [...] una mente sintética (pp. 11-12).

Un tipo de mente o modo de pensar, y de escribir, distinto al que requieren el periodismo de divulgación culta, el artículo producto de

investigaciones empírico-experimentales, el manual o libro de texto y las grandes teorías o ideas omnicomprendivas –géneros, salvo el último, de los que Gardner ofrece abundantes ejemplos, aunque muestre su preferencia por los libros de síntesis–, que define como la «capacidad de asimilar mucha información, reflexionar sobre ella y luego organizarla de forma que le sea útil a uno y (si tiene la capacidad y la suerte necesaria) también lo sea a los demás» (p. 260). Información, por supuesto, procedente «de uno o más campos, disciplinas o esferas de observación» (p. 262). Un modo de pensamiento y escritura en el que viene a coincidir con quienes considera sus mentores: el psicoanalista Erik Erikson, el sociólogo David Riesman, el psicólogo Jerome Bruner, el historiador Richard Hofstadter y el crítico cultural Edmond Wilson.

Hasta tal punto es este el leitmotiv del libro que, cuando Gardner resume las tres partes de estas «memorias intelectuales y académicas» y «relato de la vida de una mente», nos dice que al describir, en la primera parte, «los problemas y factores que influyeron en el desarrollo de mi mente cuando era niño, estudiante y emergente investigador y autor profesional», presenta «un caso práctico del surgimiento de una mente sintética entre otras». Que en la segunda describe «el surgimiento de un ejercicio de síntesis por el que más se me conoce: la teoría de las inteligencias múltiples». Y que, en la tercera, en la que habla «del sinfín de proyectos de investigación emprendidos», lo que «podrían parecer afanes desperdigados tienen como hilo conductor las capacidades de una mente sintética», centrada en el estudio de «la mente humana genérica y en la de personajes destacados del mundo del arte, de la ciencia y de la política» (pp. 13-14).

MEMORIAS INTELECTUALES Y ACADÉMICAS

Nacido en 1943, Gardner, cuya familia de origen judío había emigrado a Estados Unidos en 1938 huyendo de la Alemania nazi, accede al Harvard College como un «estudiante novel de historia estadounidense» (p. 52). Tras sucesivos cambios de intereses, se gradúa primero y doctora después, en 1970, en psicología del desarrollo en del Departamento de Relaciones Sociales. Ayudante de dirección en el Proyecto Zero lanzado por Nelson Goodman en la Escuela de Posgrado de Educación de Harvard en 1967, con el propósito de investigar los procesos de aprendizaje

en la infancia, adolescencia y edad adulta, pasaría a ser codirector del mismo en 1972, como después lo sería de otros proyectos e investigaciones.

Estudiante de segunda enseñanza, universitario, doctorando, ayudante y director de proyectos de investigación a la búsqueda de financiación, profesor en la mencionada Escuela de Educación, publicista con una amplia y controvertida obra, sus memorias intelectuales y académicas –que cubren desde mediados de los cincuenta del siglo pasado hasta tiempos recientes– ofrecen un indudable interés y abundantes aspectos o temas destacables para un historiador de la educación. Ciñámonos a algunos de ellos.

El primero, inimaginable para un universitario español de los años sesenta –y actual–, es el currículum seguido en Harvard. Por de pronto, el «estudiante novel de historia estadounidense» escoge, en su primer año académico, un curso introductorio sobre historia mundial y un seminario de investigación sobre historia estadounidense, pero también otros cursos sobre música, biología y economía y una asignatura obligatoria de redacción. En el segundo año, comienza a interesarse por la psichistoria tras leer *El joven Lutero* del psicoanalista Erik Erikson, y sale totalmente defraudado de un seminario sobre historiografía, pero encantado de un curso sobre historia social de los Estados Unidos que le lleva a interesarse por una especialización relativamente nueva y académicamente fácil de superar –el campo de las Relaciones Sociales–, y a matricularse en un seminario de la materia en el que se leía a los autores fundamentales: Marx, Weber y Durkheim. A partir del segundo año, se le permite diseñar su propio itinerario durante los dos restantes, inscribiéndose en el seminario introductorio al mencionado campo, impartido por Erikson. Hasta su penúltimo año, nos dice, solo se planteó dos carreras: Derecho y Medicina. Para esta última, hizo asignaturas de biología y química y trabajó en el servicio de urgencias de un hospital cercano. Para la primera, cursó la asignatura de Proceso Legal. Su trabajo final, tutorizado por Erikson y el sociólogo Charles Tilly, titulado *Gerontopía: identidad e integridad en una comunidad de jubilados*, constituía, nos dice, «un ejemplo prototípico de relaciones sociales como campo interdisciplinario, ya que sintetizaba conceptos y perspectivas de la psicología, de la sociología y de la antropología», que le encaminaba hacia estudios de posgrado en el departamento de Relaciones Sociales (pp. 72-73). Un departamento en el que se matricularía en el programa

doctoral de Psicología del Desarrollo, tras entrar en el verano de 1965, como ayudante de investigación, en el equipo dirigido por Jerome Bruner –uno de los fundadores del nuevo campo de la psicología cognitiva–, y realizar una estancia de un año en la London School of Economics.

La creación en 1946 del Departamento de Relaciones Sociales y su evolución posterior requiere asimismo un breve comentario. Su génesis fue el resultado de la confluencia, tras la Segunda Guerra Mundial, del interés del gobierno federal estadounidense y determinadas fundaciones privadas en configurar una ciencia de la condición o naturaleza humana, así como del de algunos de los más prestigiosos investigadores de Harvard, en el ámbito de las ciencias sociales, por obtener financiación a gran escala creando un departamento y un campo nuevos con distintas disciplinas académicas: sociología (Parsons), psicología (Allport) y antropología (Kluckhohn) y algo de ciencia política y economía. Un departamento en el que, ya desde sus orígenes, se planteó la división entre los cuantitativos o empírico-experimentales y los cualitativos e interpretativos, menos dados a las explicaciones matemáticas. Es decir, entre quienes se decantaban por la implacabilidad metodológica en el estudio de cuestiones manejables y quienes, como Gardner, se inclinaban por el abordaje de cuestiones amplias, de mayor alcance y algo caóticas, recurriendo a conceptos, herramientas y síntesis de diversas disciplinas y sintetizando mundos disciplinarios a menudo estancos. La división en 1972 del departamento de Relaciones Sociales en departamentos independientes de Psicología, Sociología y Antropología supuso el final de la experiencia.

Resalta, asimismo, el contraste entre la vivencia personal de Gardner como estudiante de grado y de posgrado o doctoral. Su experiencia en el grado fue plenamente satisfactoria. La universidad le encantó: hizo, nos dice, las asignaturas que quiso, construyó amistades nuevas y duraderas, tuvo una vida social agradable, entabló relaciones con el profesorado, asistió como oyente a varias asignaturas de campos distintos y participó en grupos de estudio y en diversas actividades extraescolares (pp. 69-70). Los estudios de posgrado constituyeron, sin embargo, un «desencanto» (p. 79) llegando incluso a aborrecerlos:

Los profesores estaban ocupados en llevar a cabo sus propias investigaciones, conseguir becas de investigación y acumular

publicaciones y, con suerte, recibir elogios de algún tipo, más probablemente de tierras lejanas que del otro lado del pasillo. Llegar a la cima de la disciplina y conservar el lugar era su motivación predominante: aquellos reconocidos académicos también competían ferozmente entre ellos. [...]

[...] A los alumnos que trabajaban en un laboratorio se les desaconsejaba, cuando no se les prohibía directamente, que trabajaran en otros laboratorios, y algunos profesores les hacían contraer pactos de silencio o, como diríamos ahora, «acuerdos de confidencialidad» (p. 82).

Un apunte final sobre el contraste que Gardner advierte entre los egresados de Harvard hacia 1965 y en 2020. Sus compañeros y él, dice, escogieron vocaciones profesionales a las que siguieron dedicándose el resto de sus vidas. Los que obtuvieron buenas notas, hicieron doctorados y, en su mayoría, se convirtieron en catedráticos. En 2020, cuando escribe estas memorias, los «cantos de sirena de Wall Street, Hollywood y Silicon Valley son tan patentes y seductores, en cuanto a salario y estilo de vida» que no es posible retener a los estudiantes que podrían ser excelentes profesores en el futuro (pp. 85-86). Un contraste similar al observado por Tony Judt, también en sus memorias, en relación con la actitud de su generación, la de los «meritócratas» que accedieron al King's College de Cambridge a mediados de los sesenta, con la de quienes «vinieron después», los graduados en los años setenta y posteriores. Los primeros, nos dice Judt, apostamos «por la educación, el servicio público, los más altos logros en el campo del periodismo o de las artes y la finalidad sin ánimo de lucro de las profesiones liberales», como el «economista más prometedor» –Mervin King–, que acabó como «gobernador del Banco de Inglaterra, en lugar de como banquero de inversiones o de *hedge funds*» –fondos de inversión–, o quienes «retornaron a los negocios familiares o a las profesiones tradicionales de sus padres y abuelos». Los egresados años más tarde, por el contrario, recurrieron con «rapidez y frecuencia [...] al mundo de la banca privada, del comercio y de los campos mejor remunerados del derecho».⁸

⁸ Tony Judt, *El refugio de la memoria*. Madrid: Taurus, 2011, 151.

LA TEORÍA DE LAS INTELIGENCIAS MÚLTIPLES

No creo que haya una experiencia más desilusionante, para el no especialista, que intentar un acercamiento al concepto o definición de la inteligencia desde la psicología cognitiva y del desarrollo. Es cierto que a lo largo del siglo XX, al menos hasta sus dos últimas décadas, hubo un cierto consenso práctico –e interesado– en identificar inteligencia con coeficiente intelectual. Es decir, con una cifra obtenida tras la aplicación de un determinado test que permitía clasificar numéricamente a todo ser humano con arreglo a unos criterios dados. Hoy, cualquier definición incluye un batiburrillo de competencias, capacidades, destrezas, habilidades, talentos y procesos cognitivos que al final, por llegar a alguna concreción, no van más allá de ideas o términos tan generales como la capacidad de adaptarse al medio físico y humano y a escenarios imprevistos, la de analizar y resolver problemas o la creatividad e inventiva.

La publicación en 1983 por Gardner del libro sobre la teoría de las inteligencias múltiples contribuyó en buena parte a ello; cuestionando desde el campo de la psicología una identificación entre inteligencia y coeficiente intelectual ya más que cuestionada por sociólogos y antropólogos. En sus memorias, tras relatar el proceso que le llevó desde el análisis de diversas capacidades cognitivas a dicha teoría, da cuenta de las reacciones, por lo general críticas, que tuvo su obra en el ámbito de la psicología:

Y de pronto aparecía alguien de fuera –uno que no era miembro del club, que no estaba totalmente inmerso en la psicometría ni era catedrático en ningún sitio– que pretendía echar por tierra [...] los logros y el consenso alcanzados por multitud de investigadores a lo largo de los años y años. El tal Gardner amenazaba con derrumbar el edificio de la inteligencia, la casa del coeficiente intelectual que con tanto esmero se había construido a lo largo de décadas (p. 160).

Tras someter a crítica el coeficiente intelectual, y determinados usos del mismo, Gardner resalta el hecho de que, por lo general,

la perspectiva de las inteligencias múltiples suele perturbar a los académicos. Los miembros del oficio académico valoran la mezcla particular y quizá peculiar de lenguaje y lógica que conforma el

sello distintivo de la investigación y la discusión académica. Pero esta situación puede cambiar bruscamente si un académico tiene un hijo con una dificultad de aprendizaje de algún tipo. Se sabe que este tipo de situaciones crean conversos instantáneos a la teoría de las inteligencias múltiples: «A mi hijo no se le dan bien los estudios, pero tiene un gran sentido de la orientación», o «Sabe entender muy bien a los demás» o «Tiene inteligencia musical» (p. 163).

La teoría de Gardner, con sus siete inteligencias –lingüística, lógico-matemática, musical, espacial, cinético-corporal, interpersonal e intrapersonal, a las que en algún momento pensó añadir la naturalista, la existencial y la pedagógica, y a las que, tras la publicación de dichas memorias, pienso que habría que añadir la sintética o interdisciplinar– alcanzó de inmediato una amplia popularidad y dio lugar a todo tipo de interpretaciones e intentos de aplicación o medición, por lo general no bien vistos por su autor. No menos popularidad alcanzaría, continuando su línea crítica en relación con la identificación entre inteligencia y coeficiente intelectual –y, en el fondo, entre inteligencia académico-escolar e inteligencia sin más– la publicación dos años después, en 1985, de la teoría triárquica de la inteligencia humana de Sternberg, con su distinción entre la inteligencia analítica, la creativa y la práctica, a las que en algún momento ha añadido también la sintética.⁹ Ello por no hablar de las inteligencias emocional y social –las intrapersonal e interpersonal de Gardner respectivamente– popularizadas por Goleman en sendos libros en 1996 y 2006.¹⁰ Todo ello en un contexto coloquial, ensayístico y periodístico en el que han ido surgiendo, con mejor o peor fortuna, las más diversas «inteligencias» –ecológica, sexual, de liderazgo, moral, cooperativa, empresarial y, como el mismo Gardner dice, «un larguísimo etcétera»– (p. 200), que no viene sino a reconocer algo obvio: que, en función del contexto o circunstancias, todos somos «inteligentes» o tenemos talento para algunas cosas y que, al mismo tiempo, somos una medianía, cuando no nulos o negados, para otras.

⁹ Robert Jeffrey Sternberg, *Beyond Iq: A Triarchic Theory of Human Intelligence*, New York, Cambridge University Press, 1985.

¹⁰ Daniel Goleman, *Emotional Intelligence. Why it Can Matter More Than IQ*, New York, Bantam Books, 1996 y *Social Intelligence. The New Science of Social Relationships*, New York, Bantam Books, 2006.

Un aviso, por último, para quienes navegamos en los procelosos mares de la educación: las inteligencias múltiples no son «estilos de aprendizaje» (p. 192). Siempre vio Gardner con recelo, y trató con cautela, los intentos de trasladar al aula sus teorías:

uno no debería jamás –insisto: *jamás*– pasar directamente de una teoría académica a un conjunto de prácticas educativas. Y eso es así porque la educación [...] conlleva juicios de valor. Antes de hacer uso de cualquier afirmación empírica, debe decidirse qué se quiere lograr y por qué.

[...] dime cuáles son tus objetivos educativos –obtener una puntuación alta en un examen oficial, tener una comunidad democrática, desarrollar habilidades de liderazgo– y a partir de ahí podremos trabajar juntos para decidir los usos apropiados de la teoría de las inteligencias múltiples. Pero si crees que quieres alcanzar todos esos objetivos a la vez, es mejor que volvamos a la pizarra armados con un buen borrador. En tu esfuerzo por alcanzar todas las aspiraciones, es probable que fracasases en todas (pp. 191-192).

UNA MENTE INTERDISCIPLINAR Y SINTÉTICA

El libro que reseñamos ofrece datos e información relevantes sobre aspectos tales como, entre otros, el interés e ideas de Gardner sobre la creatividad y la inteligencia artística o el «proceso de escritura» que sigue desde la primera toma de notas hasta la redacción final. Un proceso en el que se ve a sí mismo como «un compositor de una sinfonía de palabras» (p. 104). Pero, lo que su lectura deja claro es el enfoque interdisciplinar desde el que la mente de la especie humana –un término, mente, presente en buena parte de los títulos de sus libros–, y sus productos, han constituido el objeto de estudio prevalente de una obra que aúna perspectivas históricas, antropológicas, sociológicas, psicológicas y neurológicas. Es decir, que se inserta en la línea de quienes intentan construir una historia de las mentes humanas asomándose a su presente y a su futuro con una mirada de síntesis, con una mente sintética.

Académicamente situado en un campo disciplinar, el de la «ciencia cognitiva» o de la mente (pp. 242-243), pero negándose «a ser disciplinado

por cualquier disciplina» desde sus estudios universitarios (p. 84), hoy confiesa que no se suma «a los encuentros de ningún grupo disciplinario, aunque sí me gusta asistir a los de organizaciones que incluyen académicos de muchos campos» (p. 249). Nada extraño en alguien que siempre mostró sus preferencias por las iniciativas interdisciplinarias y su resistencia a profesionalizarse como académico negándose a colgar su «abrigo siempre en el mismo armario» y favoreciendo ese «medio expansivo llamado “el libro” en detrimento del focalizado artículo revisado por pares tan valorado por la mayoría de mis profesores y colegas» (pp. 253-254). Alguien, por último, que siempre se negó a convertir su teoría en mercancía por estimar que «a las ideas desarrolladas por académicos debía accederse libre y gratuitamente, en lugar de ser monetizadas y comercializadas» (p. 177).

Antonio Viñao-Frago
Universidad de Murcia
avinao@um.es